

y en ella hacen los turcos sus abluciones antes de entrar á la oracion. Sobre los dos átrios se ven algunos olivos viejos y cipreses.

El templo es ochavado: una linterna ochavada tambien y que tiene una ventana en cada uno de los ocho lados de que consta, corona el edificio. Esta linterna está cubierta con una cúpula, que antes era de cobre dorado y en el día es de plomo: una veleta de muy buen gusto, que sostiene una media luna, corona todo el edificio, el cual se parece á una tienda de campaña de los árabes en medio del desierto. El padre Roger dice que cada lado del templo tiene treinta y dos pasos, y que todo el circuito de la mezquita por la parte de fuera es de doscientos cincuenta y dos, y la altura de todo el edificio de diez y ocho ó veinte toesas.

Las paredes están cubiertas en lo exterior de baldosas ó ladrillos de diversos colores, y adornados con arabescos y versículos del Coran escritos con letras de oro. Las ocho ventanas de la linterna están adornadas con vidrios redondos y pintados. Aquí hallamos ya alguna semejanza con los edificios moriscos de España; los ligeros pórticos del atrio y las baldosas pintadas de la mezquita, hacen recordar diversas partes del Generalife, de la Alhambra y de la catedral de Córdoba.

Pasemos á la parte interior de esta mezquita, que ni he visto ni he podido ver, aunque tuve ganas de esponerme á todo por satisfacer mi amor á las artes; pero me contuve temiendo causar la pérdida de los cristianos de Jerusalem. Guillermo de Tiro y Deshayes dicen alguna cosa de lo interior de la mezquita de la Roca, y el padre Roger hace de ella una descripcion muy circunstanciada y probablemente muy fiel.¹

¹ Véase la nota C al fin del volumen.

Empero esta descripcion no basta para demostrar que lo interior de la mezquita de Jerusalem se parezca á los monumentos moriscos de España; pues esto depende del modo como están dispuestas las columnas, acerca de lo cual nada nos dice el padre Roger. ¿Sostienen arcos pequeños? ¿Están apareadas, agrupadas, aisladas como en Córdoba y Granada? Pero si lo exterior de esta mezquita es tan semejante á algunas partes de la Alhambra, ¿no es de presumir que lo interior conserve el mismo gusto de arquitectura? Yo lo creeré con tanta mayor facilidad, cuanto que los mármoles y columnas de este edificio fueron quitados de las iglesias cristianas, y deben presentar aquella mezcla de órdenes y proporciones que se advierte en la catedral de Córdoba.

Añadamos una observacion á estas conjeturas. La mezquita abandonada que se ve cerca del Cairo, parece ser del mismo estilo que la mezquita de Jerusalem; y es evidente que la del Cairo fué el original de la de Córdoba, edificada por los mismos descendientes de la dinastía de los Omiades; siendo tambien cierto que Omar, que dió nombre y origen á esta familia, fundó la mezquita de Jerusalem.

Así pues, los monumentos verdaderamente árabes pertenecen á la primera dinastía de los califas, y en general al génio de la nacion; y no se deben, como se ha creído hasta aquí, al particular ingenio de los moros andaluces, porque he hallado en el Oriente el modelo de estos monumentos.

Probado esto, adelantaré aun mas, pues creo descubrir en la arquitectura egipcia, tan pesada, tan majestuosa, tan espaciosa y duradera, el principio ó tipo de esta arquitectura sarracena tan ligera, tan alegre, tan minuciosa y frágil: el minareto imita al obelisco, y las arabescos son jero-

oglifícos delineados, en lugar de jeroglíficos grabados. En cuanto á aquellos, como bosques de columnas que componen lo interior de las mezquitas árabes, y que sostienen una bóveda aplastada, los templos de Memfis, de Dendéra, de Tebas, de Meroué, presentaban tambien ejemplos de este género de construcción. Establecidos los descendientes de Ismael en las fronteras de Metzraim, no podia menos de exaltarse su imaginacion al considerar las obras prodigiosas de los Faraones. No podian tomar de los griegos, porque no los conocian; pero procuraron copiar las artes de una nacion famosa, que siempre tenian á la vista. Pueblos vagabundos, conquistadores y viajeros, imitaron al inmutable Egipto: hicieron obeliscos de madera dorada, y jeroglíficos de yeso, que podian llevar con sus pabellones sobre sus camellos.

Conozco que este sistema, si lo es, puede ser combatido, y con documentos históricos. Sé muy bien que el palacio de Zehera, que Abdoulraham hizo edificar cerca de Córdoba, lo fué segun el plan de un arquitecto de Constantinopla, y que las columnas de este palacio fueron trabajadas en Grecia; y tambien sé que hay una arquitectura que nació en la corrupcion del arte, y á la cual podemos llamar *arquitectura justiniana*, algo parecida á las obras de los moros; y sé, en fin, que personas de mucho conocimientos y de gusto muy delicado, como el respetable Mr. d'Agincourt y Mr. de La Borde, autor del magnífico *Viaje de España*, piensan que toda arquitectura es hija de Grecia; mas por muy respetables que sean estas autoridades, no por eso mudaré de opinion. Un plan enviado por un arquitecto de Constantinopla, columnas trabajadas en las orillas del Bósforo, artífices griegos que se ocuparon en la mezquita, nada prueban; pues de un hecho particular no se puede sa-

car una consecuencia general. He visto en Constantinopla la arquitectura justiniana, y convengo en que tiene alguna semejanza con la de los sarracenos, como el acortamiento de la bóveda en los arcos; sin embargo, conserva una solidez, una como frialdad, cierto fundamento ó razon en sus formas, que no se advierte en la fantasía árabe. Además de esto, la misma arquitectura justiniana me parece ser la arquitectura egipcia confundida con la griega. Esta nueva invasion del arte de Memfis la produjo el establecimiento del cristianismo: los solitarios que poblaron los desiertos de la Tebaida, y cuyas opiniones gobernaban al mundo, introdujeron en las iglesias, en los monasterios, y hasta en los palacios, estos pórticos degenerados que llamamos *claustros*, donde respira el génio del Oriente. Y observemos en apoyo de todo esto, que la verdadera decadencia del arte entre los griegos, comenzó precisamente cuando la corte de Constantinopla no era mas que la corte romana; lo que prueba que la arquitectura griega no produjo la arquitectura oriental, sino que ésta se introdujo en aquella por la cercanía de los países en que reinaba.

Me inclino, pues, á creer que todo género de arquitectura, sin escluir la gótica, salió de Egipto; pues nada nuevo ha venido del Norte sino las cadenas y la destruccion. Pero esta arquitectura egipcia se acomodó al génio de los pueblos: alteróse muy poco entre los hebreos, pues solo suprimieron éstos los monstruos y los dioses de la idolatría; en Grecia, donde la introdujeron Cécrope é Inaco, se perfeccionó, y vino á ser el modelo de los demás pueblos: los toscanos, que eran una colonia egipcia, la introdujeron en Roma, donde conservó su grandeza, pero sin llegar jamás á la perfeccion que tuvo en Atenas. Los apóstoles la llevaron del Oriente á los bárbaros del Norte, y sin perder

entre estos pueblos su sombrío y religioso carácter, se engrandeció, por decirlo así, en los bosques de las Galias y de la Germania, presentando la particular union de la fuerza, de la majestad y de la melancolía en el todo, y en sus partes la mas extraordinaria ligereza. En fin, tomó entre los árabes las formas que ya hemos manifestado; arquitectura del desierto, encantada como los oasis, mágica como las historias contadas en las tiendas de campaña, pero que los vientos pueden arrebatarse como la arena que al principio les sirvió de cimientos.

Podria apoyar mi opinion en muchísimas autoridades históricas, haciendo ver que los primeros templos de Grecia, como el de Júpiter en Onga, cerca de Amiclea, eran verdaderos templos egipcios, y que la misma escultura era egipcia en Argos, Esparta y Atenas en tiempo de Dédalo, y en los siglos heróicos. Pero me parece que esta digresion ha sido ya demasiado larga, y es tiempo de pasar á los monumentos góticos de Jerusalem.

Redúcense estos á algunos sepulcros. Los monumentos de Godofredo y de Balduino son dos ataúdes de piedra colocados sobre dos columnitas. Los epitafios que se leen en la descripcion de Deshayes están escritos en letras góticas. Todo esto tiene en sí mismo poca importancia; pero al entrar en el Santo Sepulcro no pudieron menos de llamarme la atencion, pues el hallar aquellos monumentos segun el gusto de mi patria, en un país tan distante y extraño, me indicaba otros hombres, otras costumbres y otras tierras; parecióme que de repente me habia trasladado á uno de nuestros antiguos monasterios, y quedé como un otaitio que hubiera reconocido de súbito un árbol de su patria en el centro de la Francia. Contemplé con veneracion estos mausoleos góticos, donde descansaban caballeros

franceses, peregrinos hechos reyes, y héroes de la *Jerusalem libertada*, y me acordé de las palabras que Tasso pone en boca de Godofredo:

Chi sia di noi, ch'esser sepulto schivi

Ove i membri di Dio fur gia sepulti?

En cuanto á los monumentos turcos, últimos testigos que demuestran en Jerusalem las revoluciones de los imperios, no merecen que nos detengamos en ellos, y solo los he mencionado para manifestar que no debiamos confundir las obras de los tártaros con los trabajos de los moros; y aun mas seguro seria decir que los turcos ignoran absolutamente la arquitectura, pues no han hecho mas que afear los edificios griegos y árabes, coronándolos con cúpulas macisas y pabellones chinescos. Algunos bazares y oratorios de santones es lo único que los nuevos tiranos han añadido á la infeliz Jerusalem.

El lector conoce ya los diversos monumentos de la santa ciudad.

Volviendo á visitar los sepulcros de los reyes, que han dado motivo á las descripciones anteriores, pasé por el valle de Jasafat. El sol se ponía por detrás de Jerusalem, dorando con sus últimos rayos aquel monton de ruinas y los montes de Judea. Dije á mis compañeros que entrasen por la puerta de San Estéban, y me quedé solo con el genízaro. Entonces me senté al pié del sepulcro de Josafat, dirigiendo la vista al templo, saqué del bolsillo un tomo de Racine y volví á leer la *Atalia*.

Y al leer aquellos primeros versos que comienzan:

Ouo, je viens dans son temple adorer l'Eternel etc.

me es imposible espresar lo que sentí en mí, pues creia oír los cánticos de Salomón y el grito de los profetas. Alzóse ante mí la antigua Jerusalem; salieron de sus tumbas las sombras de Joad, de Atalía y de Josabeth, y me pareció que no habia conocido hasta entonces el génio de Racine. ¡Qué poesía tan sublime y tan digna de aquellos parajes! Nadie puede imaginarse lo que es la Atalía leida sobre el sepulcro del rey Josafat, á la orilla del torrente de Cedron, y delante de las ruinas del templo; pero ¿qué se ha hecho aquel templo, adornado por todas partes de magníficas guirnaldas?

Comment en un plomb vil l'or pur s'est-il changé!

Quel est dans ce lieu saint ce pontife égorgé?

Pleure, Jérusalem, pleure, cité perfide,

Des prophètes divins malheureuse homicide:

De son amour pour toi tou Dieu s'est dépoillé;

Ton encens á ses yeux est un encens souillé.

Oú menez-vous ces enfants et ces femmes?

Le Seigneur á détruit la reine des cités:

Ses pretres sont captifs, ses rois son rejetés;

Dieu ne veut plus qu'on vienne á ses solemnités:

Temple, renverse-toi; cedres, jetez des flammes.

Jérusalem, objet de ma douleur,

Quelle main en un jour t'a ravi tous tes charmes?

Qui changera mes yeux, en deux sources de larmes,

Pour pleurer ton malheur?

AZARIAS.

Oh saint temple!

JOSABETH.

Oh David!

LE CHOEUR.

Dieu de Sion, rappelle,

Rappelle en sa faveur tes antiques boutés.

La pluma se cae de la mano, y hasta vergonzoso es ensuciar papel, despues que uno acaba de leer tan magníficos versos.

Pasé en el convento la mayor parte del dia 9 ocupado en apuntar algunas particularidades de la vida privada que se pasa en Jerusalem, y no teniendo ya cosa esencial que ver ni dentro ni fuera de la ciudad, visité por último el pozo de Nehemías, donde se ocultó el fuego sagrado durante el cautiverio, los sepulcros de los jueces, y otras antigüedades que nada tienen de notable sino sus nombres famosos.

Voy, pues, á dar aquellas noticias que escitan la curiosidad relativamente á los lugares de cuya grandeza se habla. Desde luego ninguno podrá figurarse que lo mismo se vive en Atenas y Esparta que en su propio hogar: sobre todo en Jerusalem, cuyo nombre recuerda tantos misterios. El llena el corazon de amargura, y parece que todo deba

ser extraordinario en aquella ciudad extraordinaria. Pintémosla, pues, tal cual es, y demos principio por el convento de padres latinos.

Entrase en él por un callejon embovedado, que se une con otro bastante largo y oscuro, y al fin del cual se encuentra un patio donde están la carnicería, la bodega y el lagar del convento; y encima hay un claustro, al que se sube por una escalera de doce á quince escalones. Al Oriente de este claustro hay un vestíbulo que comunica con la iglesia, que es bastante hermosa, y tiene su coro, su nave con su media naranja, un altar á la romana, y un organito, contenido todo en un espacio de veinte piés de largo y doce de ancho.

Otra puerta practicada al Occidente del claustro conduce á lo interior del convento. "Este convento, dice Doubdan en una líisima descripción, es muy irregular, construido segun el gusto antiguo, y compuesto de muchas piezas altas y bajas, con sus pequeñas oficinas, sus celdas pequeñas, pobres y oscuras, y además dos jardinitos que tocan con las murallas de la ciudad. En la parte occidental hay otro patio que contiene la hospedería de los peregrinos. El único recreo que puede disfrutarse en este lugar es subir á la azotea ó terrado de la iglesia para descubrir desde allí toda la ciudad, que va descendiendo progresivamente hasta el valle de Josafat: se ve además la iglesia del Santo Sepulcro, el atrio del templo de Salomon, y algo mas lejos el monte Olivete: al Mediodía el castillo y el camino de Betlem, y al Norte la cueva de Jeremías. Este es en pocas palabras el plan y cuadro de este convento, que respira la simplicidad y la pobreza de aquel á quien se dijo en aquel mismo sitio, *propter nos agenus factus est cum esset dives* (II. Cor. 8.)

El cuarto que yo ocupaba se llamaba *el cuarto grande de los Peregrinos*, y cae á un patio solitario, cercado de pared por todas partes. Mis muebles consistian en una cama de hospital, con dos cortinas de sarga verde, una mesa y un cofre. Inmediatos á la mia ocupaban otras dos celditas mis criados, y un cántaro siempre lleno de agua y una lámpara á la italiana, completaban el menaje de mi habitacion. Esta, aunque grande, era sombría, pues solo recibia la luz por el patio que acabo de indicar. Trece peregrinos habian escrito sus nombres en la parte interior de la puerta; el primero se llamaba *Cárlos Lombardo*, y estuvo en Jerusalem en 1669, y el último *John Gordon*, y estuvo en 1804, y tal vez será el mismo de quien hablé, diciendo que hizo analizar en Lóndres una botella de agua del mar Muerto. Entre los trece viajeros solo reconocí tres nombres franceses.

Los peregrinos no comen con los religiosos como en Jaffa, pues se les sirve aparte, y cada uno gasta lo que quiere. Sin son pobres, se les mantiene gratis; si son ricos, satisfacen su gusto particular, y el convento no pide un cuarto. La habitacion, la cama, la ropa, la lumbre y la luz se dan á título de hospitalidad.

Tenia á mi disposicion un cocinero, y solo comia al anochecer cuando volvia de mis escursiones. Servíame ante todo un potaje de lentejas, un pedazo de ternera con pepinos ó cebollas, otro de cabrito ó carnero con arroz. Allí no se come vaca, y la carne de búfalo tiene mal gusto: por asado solian darme pichones, y otras veces perdices blancas, llamadas *perdices del desierto*. La caza es muy abundante en las llanuras de Rama y montañas de Judea, y consiste en perdices, bécadas, liebres, jabalíes y gacelas. Las

codornices de Arabia, de que se alimentaron los israelitas, son conocidas apenas en Jerusalem; sin embargo, se encuentran algunas en el valle del Jordan. Las únicas legumbres que comí allí fueron lentejas, hâbas, cohombres y cebollas.

El vino de Jerusalem es excelente, y el color y aun el gusto es semejante á los vinos del Rosellon. Las viñas que lo producen son todavía las de Engaddi, cerca de Betlem. Comí buenas frutas, lo mismo que en Jaffa, uvas, dátiles, granadas, sandías, manzanas é higos de la segunda estacion, porque los sicómoros ó higueras de Faraon ya habian pasado. El pan que se amasa en el convento es bueno y sabroso.

Vamos al precio de los comestibles.

El quintal de Jerusalem se compone de cien rolt, y el rolt de novecientos dracmas.

El rol vale dos ocas y un cuarto, que equivale á ocho libras francesas.

El carnero se vende á dos piastras y diez paras el rolt. Cada piastra turca, alterada de continuo por los beyes y bajás de Egipto, no vale en Siria mas que treinta y tres sueldos, cuatro dineros, y el para á diez dineros. Resultando, pues, que el rolt vale poco mas de ocho libras: cuesta la libra de carnero en Jerusalem nueve sueldos y cuatro dineros y medio.

La ternera se vende á una piastra el rolt, y el cabrito á una piastra y algunos paras.

Una ternera grande cuesta treinta ó treinta ó cinco piastras, y seis ú ocho una cabra.

El cahiz de trigo vale ocho ó nueve piastras.

El aceite se vende á tres piastras el rolt.

Las legumbres son muy caras, pues las llevan á Jerusalem desde Jaffa y aldeas vecinas.

En este año de 1806, se vendia el quintal de uva de vendimia á veintisiete piastras.

Presentemos tambien otros pormenores.

El que no quiere ir á hospedarse en los kans, ni el convento de los padres latinos de la Tierra Santa, podrá encontrar con facilidad muchas habitaciones ó casas de huéspedes en Jerusalem; pero con poca seguridad de la vida. Segun que es grande ó pequeña, pobre ó rica la casa, así se paga la habitacion, que cuesta al mes desde dos hasta veinte piastras. Toda una casa, que se reduce á una sala muy espaciosa y unos quince chiribitiles que llaman cuartos, costaria al año cinco mil piastras.

Los obreros, albañiles, cerrajeros y carpinteros, reciben un jornal de dos piastras además de la comida.

No hay medida fija para comprar tierra, y para ésto se calcula á ojo el terreno que se quiere comprar, valuándolo segun los fondos que puedè producir en frutos, trigo y viñedo.

Los arados no tienen ruedas, y consisten únicamente en un hierrecillo que apenas sulca la tierra, que la trabajan con bueyes.

Recogen avena, trigo, maiz y algodón. Siembras el sésamo ó la alegría en el mismo campo en que cultivan el algodón.

Un mulo cuesta ciento ó doscientas piastras, segun su estampa, y un asno vale desde quince hasta cincuenta piastras. Un caballo en general vale menos que un mulo ó un asno; pero un caballo árabe de raza conocida no tiene precio. Así es que el bajá de Damasco acababa de comprar uno por tres mil piastras. La historia de una yegua